

EL ORO FOLLETINESCO DE LUCIO V. MANSILLA. UNA PERFORMANCE NARRATIVA ENTRE EL CRÉDITO Y LA CREENCIA

*LUCIO V. MANSILLA'S PULP GOLD.
A NARRATIVE PERFORMANCE BETWEEN CREDIT AND BELIEF*

Juan Pablo Luppi
CONICET
Universidad de Buenos Aires
pabloluppi@hotmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Desplazamiento

El Nacional

Enunciación

Lectores

Riqueza ficticia

La expedición privada del militar y político argentino Lucio V. Mansilla hacia una presunta veta aurífera en la frontera oriental de Paraguay genera una narración dilatoria, alargada durante treinta cartas publicadas entre marzo y mayo de 1878 en un periódico decano de Buenos Aires, que modula una intriga indeterminada entre real e imaginario. Diseminada en la mezcla genérica (carta abierta, informe mineralógico, crónica de viaje, novela de aventura geográfica-mercantil) la posición enunciativa aplaza la resolución y multiplica variaciones narrativas, que exploran autorreferencialmente el contacto entre palabras, cosas y actos. Sustentada en la propia creencia, la potencia persuasiva prolonga momentáneamente la credibilidad pública y el crédito financiero en una empresa ambigua. La lúdica performatividad entrevera la constatación con la realización; el folletín del oro inexistente logra que el tiempo pase mientras difunde una convicción presuntamente científica y francamente subjetiva.



∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Displacement

El Nacional

Enunciation

Readers

Fictitious Wealth

The private expedition of the Argentine soldier and politician Lucio V. Mansilla towards a presumed gold vein in the eastern border of Paraguay generates a delaying narrative, extended for thirty letters published between March and May 1878 in a senior newspaper from Buenos Aires, which modulates an indeterminate intrigue between real and imaginary. Disseminated in the generic mixture (open letter, mineralogical report, travel chronicle, geographical-mercantile adventure novel) the expository position postpones the resolution and multiplies narrative variations, which self-referentially explores the contact between words, things, and acts. Sustained in its own belief, persuasive power momentarily prolongs public credibility and financial credit in an ambiguous enterprise. Playful performativity interweaves verification with realization; the serial saga of the non-existent gold achieves that time passes while spreading an allegedly scientific and frankly subjective conviction.

Recibido: 23/07/2021

Aceptado: 15/02/2022

Lo que yo sufrí, digo, no está escrito, que en este siglo mercantil machucho, los enterrecimientos (comerciales) andan a caballo.
L. V. Mansilla, “Minas de Amambay y Maracayú”, 11ª carta (2012: 176)

La aventura dorada

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la escritura de Lucio V. Mansilla descubre dobleces críticos de los procesos modernizadores en el Cono Sur. El asincronismo entre la escritura y la vida genera una performance narrativa, desarrollada en textos heterogéneos, cohesivos por el comando discursivo de un sujeto descentrado y en traslado por bordes geográficos, temporales, simbólicos, políticos expandidos entre viaje y relato, periódico y libro, identidad y alteridad.¹ La reputación de Mansilla porta la marca del inapropiado, sobrino de Rosas que espera en vano un cargo ministerial de Sarmiento en el 70 o de Roca o Juárez Celman en el 80 y 90, militar errante desde el 60 por fronteras internas y externas de un país que transita, con pretensión evolutiva, de la barbarie ganadera colonial a la civilización liberal agroexportadora. En el vértigo de expansión y crisis del capitalismo argentino, la pulsión escrituraria de Mansilla convierte el desplazamiento en formas

¹ La vida de Mansilla (Buenos Aires, 1831-París, 1913) es rica en avatares novelescos: “era sobrino de Rosas, hijo de un general prócer; adolescente, viajó a Oriente y Europa [...]. A la caída de Rosas, la familia se trasladó a Europa, donde el joven inició una carrera de grandes éxitos sociales. De regreso en Buenos Aires, se inició en la política, donde no obtendría más que frustraciones [...]. Fue militar, en la guerra del Paraguay y [...] en guarniciones de frontera, donde su trato con los indios dio por fruto su obra más popular. Fue periodista militante en distintas etapas de su vida, y colaborador ocasional de diarios de Buenos Aires” (Aira 2001: 338).

discursivas. Este trabajo recorta una acción de viaje y escritura entre Buenos Aires y Paraguay en 1878, que entrevera problemas económicos y estéticos.

Para explicar la falta de filosofía y observación durante su viaje a Oriente a los 20 años, relatado con pose de madurez a los 30, el comienzo de *Recuerdos de Egipto* (*Revista de Buenos Aires*, 1864) exhibe una tensión productiva entre formación y destino que será central en el diseño del yo anfibio de Mansilla: “Mi educación había sido mercantil, y si en lugar de frecuentar la Bolsa, llevo una espada al cinto, ocupándome muy poco de si suben o bajan las onzas, es que el destino tiene sus misterios y la suerte sus sarcasmos” (Mansilla 2012a: 348). Triunfo textual compensatorio del fracaso castrense bajo la presidencia Sarmiento, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) reeditaba el corrimiento del oficio militar: “ya que no puedo cantar las glorias de mi espada, permíteme describirte sin rodeos cuanto hice y vi entre los Ranqueles”, susurraba a Santiago Arcos, destinatario que permitía simular una interlocución íntima en el espacio público de *La Tribuna* (1947: 246). Ocho años después Mansilla produce otra excursión protagonizada por un yo autodesplazado de la política hacia la aventura mercantil; en vez de réditos financieros obtendrá el excedente improductivo de una novelesca búsqueda de oro, impresa por entregas en otro prestigioso diario porteño. Las intermitencias entre intereses económicos y militares de un sujeto múltiple, abierto a la curiosidad topográfica, etnográfica, semiológica, estética, social, accionan una escritura que, bajo objetivos prácticos (frustrados), localizaba partes inquietantes de la incipiente modernización periférica. La expedición a las presuntas minas de Amambay y Maracayú intensifica ese gesto común a los viajeros de su tiempo por tierras americanas, “su actitud evaluadora de recursos para el desarrollo productivo” (Nacach y Navarro Floria 2004: 238). Si *Ranqueles* “es una de las obras argentinas que inauguran el interior del país [...] como proyecto estético tanto como en su sentido de objeto sociopolítico de interés” (íd.), *Minas de Amambay* desplaza al exterior fronterizo el proyecto estético de narrar aventuras de exploración entre naturaleza y cultura, complejizándolo con el interés económico supranacional que será determinante en las crisis latinoamericanas durante el siglo siguiente.

En la materialidad impresa buscamos la eficacia del narrador para captar lectores, con la oscilación irresuelta entre imaginación y realidad, en torno a una exploración geográfica impulsada por el aventurerismo comercial. El relato transpone la forma monetaria en el discurso, y apoya su seducción insidiosa en la tergiversación común al sistema monetario y lingüístico: entre la sustancia y su signo. La materialidad del dinero en su pasaje del oro al papel moneda tendió a “tergiversar nuestro entendimiento ‘natural’ de la relación entre símbolos y cosas” (Shell 1985: 14). Hacia 1875 en Estados Unidos se salda el debate sobre el papel moneda que llevaba medio siglo, centrado “en la simbolización en general, y por tanto no solo en el dinero, sino también en la estética” (13-4). Shell indaga la “implícita relación ideológica entre la simbolización estética y la monetaria” que emerge en la creencia de transformar en oro el dibujo del escarabajo, en el cuento de Poe de 1843: Legrand “parece creer que puede convertir su arte ‘gráfica’ [...] en la cosa real”. Como Mansilla el papel impreso con sus cartas de las minas, el protagonista de “El escarabajo de oro” trata “el papel dibujado como causa necesaria de un efecto (el descubrimiento de oro) que está buscando” (16, 20). El oro sudamericano es valioso como objeto de representación, escritura/lectura, intercambio lingüístico fraguado por el corresponsal. El juego de indecidibilidad entre lo palpable y lo abstracto

confiere existencia al metal no como objeto tangible sino como potenciador discursivo, nudo del problema de la representación y el valor en el intercambio cultural de la prensa en 1878.²

Al promediar la década de 1870 la cultura oficial impulsa la explotación de riquezas naturales, y mediante la prensa torna deseable e inevitable la inserción en el liberalismo mundial, coyunturalmente cómoda para el estamento dirigente.³ A comienzos de 1877, dos aventureros emigrados de Hungría —Mauricio Mayer, capitán del Ejército argentino y amigo castrense de Mansilla, y Francisco Wisner, cartógrafo e ingeniero militar convocado a Paraguay por Carlos López— descubren un paraje con potencial aurífero en la región oriental de Paraguay. Esquivando su banca de diputado en Buenos Aires, Mansilla se asocia con Mayer y Wisner, incorpora a accionistas para la explotación minera, gestiona la autorización del gobierno paraguayo. Tras otra expedición en octubre de 1877, Mayer presenta un informe negativo. A Mansilla esa falta de constatación le repica en el cuerpo. Consigue peritos que demuestran que el fracaso puede revertirse y dirige su expedición en enero de 1878; sus informes entusiastas propician la suba de acciones. Mansilla regresa a Buenos Aires el 20 de marzo, y seis días después empieza a publicar en *El Nacional* las cartas dirigidas al director Samuel Alberú con el título “Minas de Amambay y Maracayú”, que serán treinta hasta mayo (incorporadas en libro por primera vez en 2012, editadas por Sandra Contreras como *Cartas de Amambay* en una compilación de escritos de viaje de Mansilla). Antes de que aparezcan las últimas tres cartas, Mansilla regresa a Paraguay hasta enero de 1879. En octubre del 78 consigue que el presidente Avellaneda lo nombre gobernador del Chaco, cargo que desempeñará su vice Luis J. Fontana. Del segundo viaje a las minas sale otra serie de artículos publicados en *El Nacional* entre octubre de 1878 y enero de 1879, distantes del relato expedicionario, tendientes ya hacia la *causerie*.⁴ Aunque frente a los accionistas exhibe entusiasmo y pepitas obtenidas, en mayo de 1879 Mansilla se desprende de sus acciones y altera la circulación hacia otro exterior: visita a su familia en Europa (cf. Contreras 2012: 39-41).

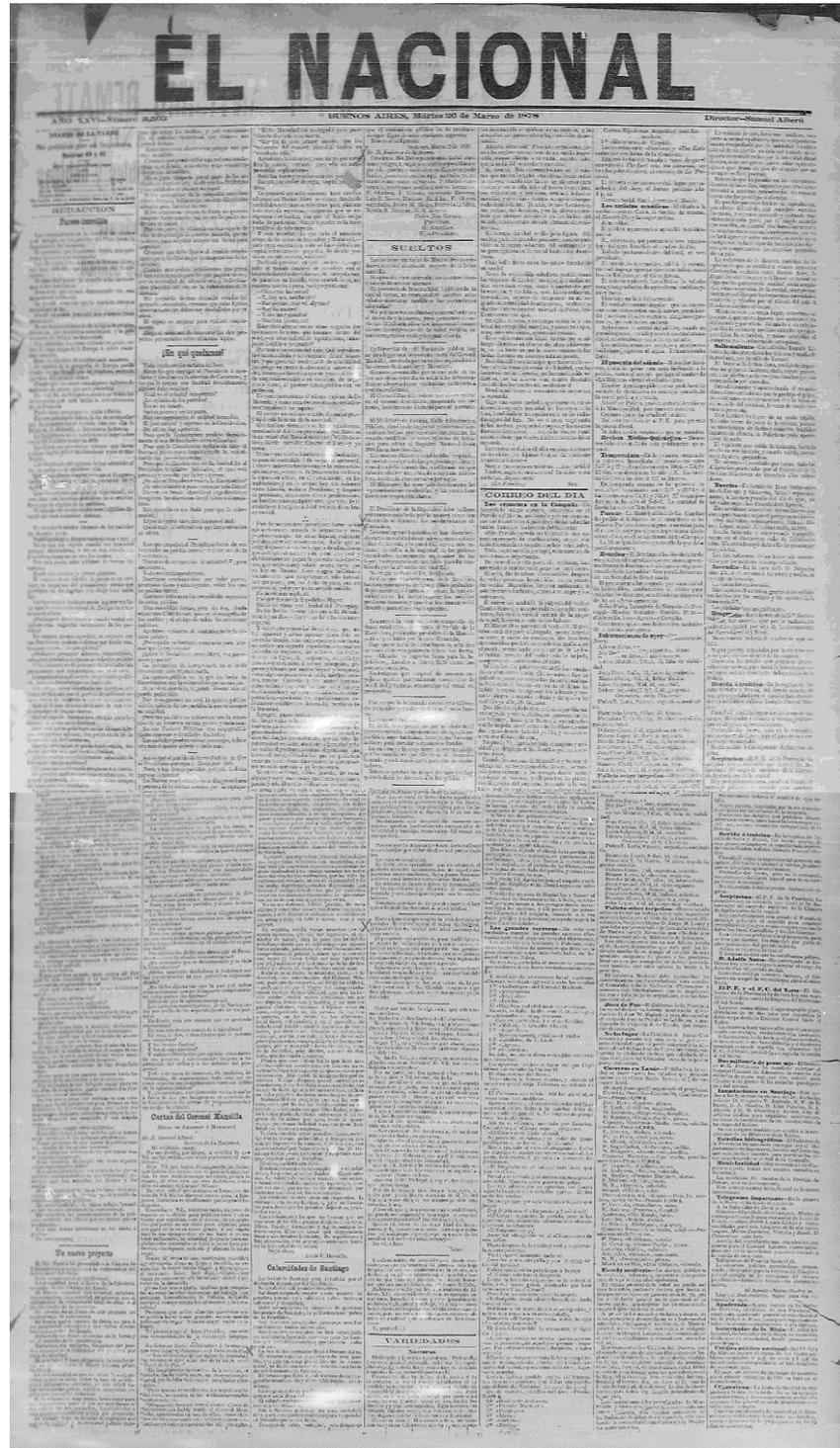
² Como estándar de valor, el oro fue mutando entre el metal intrínseco del objeto tangible y las prácticas de representación e intercambio. En el acto sustitutivo que Vilches denomina “the economy of the marvelous” (2010: 59) ya Colón había recurrido al simbolismo para contentar a los Reyes Católicos, cuando reemplazó el oro prometido (inexistente en el Caribe) por regalos exóticos que remedaban la riqueza descubierta. Más que la producción y el consumo, según la propuesta de Beckman (sobre *La Bolsa* de Julián Martel como restauración de creencia en el sistema financiero, ante la evaporación del “capital ficticio” en el crack de 1890), la circulación marca “la brecha insalvable entre el valor y las representaciones del valor” (2013: XXIV. Todas las traducciones pertenecen al autor excepto los casos en que se señale lo contrario).

³ En un periodo de inestabilidad financiera (1870-1930) la élite letrada alcanzó consenso con respecto a la conveniencia del progreso mediante la liberalización económica. Beckman indaga la circulación de creencia para lograr ese consenso: “What elites had to believe so that integration into the world order of capital could be seen as not only desirable, but inevitable” (IX y 85; “Lo que las élites tenían que creer para que la integración en el orden mundial del capital pudiera verse no solo como deseable, sino inevitable”). El liberalismo creó un imaginario político que sirvió como conducto del deseo expansivo (8); la prensa sirvió de vehículo para crear en la mente aquello que aún no existía en la realidad (19-20).

⁴ En los cinco volúmenes de *Entre-Nos. Causeries del jueves* (impresos por Juan Alsina en 1889-1890) Mansilla incorpora textos publicados en 1878-1881, varios ubicados en la expedición de 1878, como “Ñandurocay”, “¡Esa cabeza toba!”, “El Sigú”, “Tembecúá”, “La lección del paraguayo Ibáñez”. Contreras detecta allí una de las “facetas con las que escandir periódicamente el presente de su obra en curso”, y sistematiza constantes y divergencias entre estas iniciales *causeries* y las de 1888-1890, “cuando Mansilla precisa la gramática y el estilo definitorios”. Señalando uno de los obstáculos que nos interpela en el folletín áurico de 1878, Contreras menciona la nota al pie de Mansilla sobre el grabado que acompañaba la primera publicación de “La cascada de Amambay” (escrita a pedido del geógrafo Pablo Tarnassi), que pretende “suplir las deficiencias descriptivas de su escritura” (Contreras 2010: 211-2).

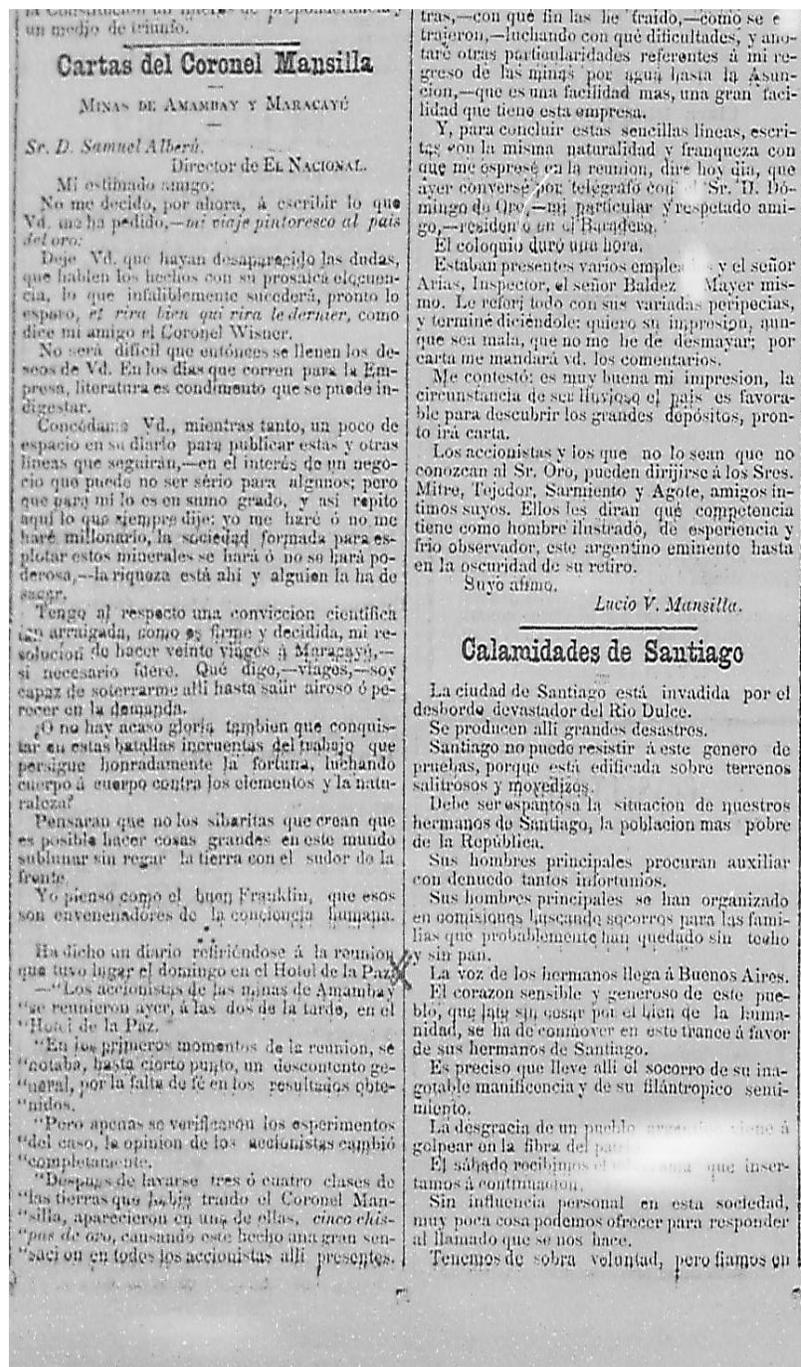
El soporte impreso de 1878 complejiza la hibridez de la expedición geológica-comercial. De las cuatro páginas tamaño sábana, pautadas en siete columnas, *El Nacional* cede a Mansilla la primera plana, entre la mitad inferior de la segunda columna y la mitad superior de la tercera (en unas pocas entregas se corre a tercera y cuarta): un espacio central —elevado con respecto a la ubicación usual del *roman-feuilleton* popularizado desde 1830—, a continuación de una o dos notas editoriales sobre la coyuntura económico-política, y antes de las secciones usuales de primera página (“Exterior”, “Variedades”, “Suelos”, “Correo del día”). En tensa sintonía con las cartas de Mansilla, estas secciones colindantes muestran preocupación por “la cuestión financiera del país”, cuya “urgencia suprema” es “[t]ener oro precisamente porque es lo que nos falta”: “Oro es lo que estamos pidiendo”, dice la primera nota de tapa de *El Nacional* del 10 de abril de 1878, mientras el folletín epistolar va por su 13^a entrega. En esas secciones de primera plana se insertan ocasionalmente “noticias de las minas”; el 9 de abril el diario informa que Wisner ha enviado tres pepitas: “Los accionistas no pueden recibir noticia más halagadora. // Recién ahora se puede decir que verdaderamente es un hecho la existencia de oro en las minas de Amambay”.⁵ El diario inserta su propia voz entre las entregas de Mansilla, colabora con la ambigüedad entre sustancia y signo, tratando al oro como objeto simbólico que referencia los valores en el mercado mundial y como cosa tangible que prueba la facticidad en forma de pepitas.

⁵ Cito del diario; doble barra indica punto y aparte.



Primera página de *El Nacional*, 26 de marzo de 1878: primera carta de Mansilla⁶

⁶ Imágenes digitalizadas del microfilm de la Hemeroteca de la Biblioteca del Congreso de la Nación, Argentina.



Detalle de la primera carta (*El Nacional*, 26 de marzo de 1878).

Al promediar la segunda página y hasta el final, *El Nacional* es ocupado por avisos, “típicos mercantiles” (como dirá Mansilla en la 25ª carta) que muestran el vértigo de oferta-demanda entre las presidencias de Avellaneda y Roca: remates y liquidaciones de “magníficos campos” que interesarán “a los especuladores”; citaciones judiciales, solicitudes de registro de marcas; avisos fúnebres y de objetos perdidos; compra, venta, alquiler de caballos, casas, juegos de comedor, mosaicos; invitación a jornada de tiro de palomas en Flores o a “baños de mar en las pintorescas playas” de Montevideo; promoción de un rematador con perspectiva mercadotécnica digna del siglo XXI (“Todos a tomar cerveza el domingo”); reclames de harina lacteada Nestlé, remedios anti-sárnicos, curas para hernias, tónicos nutritivos, médicos homeópatas, lecciones escolares domiciliarias, bazares, cocherías, establecimientos ortopédicos que exhiben novedades con alguna acotada ilustración. El conglomerado de política, vida, economía materializa la modernización de un diario prestigioso, que en 1878 se acercaba a su número diez mil tras veintiséis años de injerencia pública. En sitio destacado al comienzo de esa constelación gráfica, la primera página de *El Nacional* repitió casi diariamente el encabezamiento “Cartas del Coronel Mansilla” (en negrita), abajo “Minas de Amambay y Maracayú” (en mayúsculas), luego el número de carta y el “Señor D. Samuel Alberú” que inició cada una de las treinta entregas (cinco en marzo, veinte en abril, cinco en mayo). Entreverado en la visualidad comercial que cubre casi tres cuartas partes del periódico, el texto dispendioso de Mansilla “en busca de *un oro* imaginario” (como desliza la carta 21ª; itálicas en original, en todas las citas) concretiza un sesgo revulsivo del borde entre la vida cotidiana atravesada por la afiebrada mezcla de mercancías en la política y la intimidad, y la fuga aventurera hacia fronteras exteriores de una nación tensamente organizada por el progreso liberal.⁷

Contemporáneo de los enternecimientos comerciales de un siglo mercantil avejentado (“machucho”, dice Mansilla en nuestro epígrafe, quejándose de los límites de la escritura para imposter su entereza moral), el artero corresponsal usa la primera plana de un diario hegemónico para desplazar los réditos del oro a la letra, confundir explotación con exploración y saltarse el descubrimiento.⁸ La serie arranca posponiendo, desde el convencional pedido de espacio impreso a Alberú, puesto como solicitante del encargo de escritura y destinatario (más distante que el “Santiago amigo” de *Ranqueles*, como si el asunto comercial exigiera mayor seriedad que la *cuestión de indios* remitida a Arcos): “No me decido, por ahora, a escribir lo que usted me ha pedido, *mi viaje pintoresco al país del oro*”. El cronista de su propia empresa usa la escritura para intervenir en los tiempos que la traman (quebrando su cronicidad y su emplazamiento genérico), entretener al público hablando de las minas cuando merma el interés comercial, hacer que el tiempo pase y “que hayan desaparecido las dudas”, afirmándose menos en la experticia minera que en la retórica epigramática del coronel húngaro citado en francés: “infalliblemente sucederá, pronto lo espero, *et rira bien qui rira le dernier* [...]”, como dice mi amigo el coronel Wisner”. El desafío que inicia la

⁷ Las oscilaciones entre convicción y especulación, honor y beneficio en el texto de Mansilla ofrecen un umbral a la conflictividad del liberalismo triunfante en la década del 80, visible en la prensa política. La idea de progreso se dividiría entre la acepción moral contra los males sociales (difundida por *La Tribuna Nacional*, órgano del gobierno de Roca) y su reducción “a la materialidad, a lo contabilizable” en *Sud-América*, el diario oficioso de Juárez Celman. Amén de su paso oportunista al juarismo, Mansilla expone en su escritura las tensiones ideológicas de lenguajes entrecruzados en el liberalismo imperante; como en los discursos de estos periódicos, “la performatividad de la palabra se nos presenta en una de sus versiones más crudas” (Alonso 2003: 236-41).

⁸ Con la pose solvente de haber sido explorador de oro, en julio de 1890 (en la *causerie* “Namby Pamby” en *Sud-América*) Mansilla estampa una oración-párrafo sobre la distancia entre *explorar* y *explotar* que, como veremos, disimulaba en 1878: “Fíjense ustedes en que es muy distinto descubrir una mina y explotarla” (Mansilla 1997: 116).

escritura encara el desvío del viaje pintoresco y retuerce parámetros de la futura autonomía literaria, reeditando la forma narrativa en provecho económico, jocosamente distante de la inutilidad de las bellas letras: “En los días que corren para la empresa, literatura es condimento que se puede indigestar” (Mansilla 2012: 125).

El paisaje en las cartas de Amambay, la construcción subjetiva del espacio topográfico rememorado en soporte tipográfico, tensiona la prevención contra el pintoresquismo que diseñaba el territorio en *Ranqueles*. “La vista del cuadro es más pintoresca que grandiosa”, decepciona la 9ª carta a propósito de un horizonte estrecho, opuesto a las pampas cabalgadas, que no deja “dónde esparcir la mirada” para “ensanchar la esfera del pensamiento” (Mansilla 2012: 166). A falta de cielo y horizonte, ese borde de selva amazónica deviene “territorio en extremo interesante del punto de vista geológico y mineralógico” (arranca la 6ª carta, 152-3), y obliga a otra contigüidad entre marcha y relato: aquélla es menos intensa, no hay guadales ni obstáculos naturales más vistosos que la lluvia, y debe complementarse con digresiones geográficas, mineralógicas, climáticas, empresariales, periodísticas. Sobrepasando limitaciones estéticas del espacio recorrido, la relación entre marcha y relato pauta el ritmo folletinesco y, como en *Ranqueles*, la verbalización plural del yo agrupa movimientos de narrador, viajeros y lectores: “Descansamos bajo un naranjal”, “Pronto llegaremos” (161), “Si el lector recuerda de dónde salimos esta mañana” (168), o con la complicidad del imperativo: “Descansemos un momento y regresemos” (165), “Filosofemos ahora un momento y preguntemos” (191), “Discurramos” (219), “Dejemos descansar al *perro*” (237). La correría áurea carece de la galería de personajes fronterizos de *Ranqueles*. Dirigido al mismo público de la prensa hegemónica porteña, el desafío folletinesco de 1878 sería la realización de una aventura parca en personajes, escasa en movimientos vistosos en una geografía sin horizonte. Esboza una novela no de personajes sino de cosas, imantadas por el oro, la pauta referencial del intercambio mercantil, que satura el texto pero no aparece en el territorio. Si la representación literaria de cosas nos dice algo sobre el modo en que objetos y sujetos se vivifican mutuamente, como propone Brown,⁹ esta calaverada de Mansilla no solo deja leer la influencia entre mercaderías y aventureros del rudimentario capitalismo sudamericano sino que, mediante otro instrumento decisivo de intercambio liberal (la prensa), coloca la mercancía en la misma pregunta sobre la representación: cómo un folletín puede materializar oro, cómo se animan mutuamente el oro, el diario y el escritor.

Condicionado por un espacio geográfico que angosta el pensamiento y por la mediación empresarial de la sociedad anónima que propició, Mansilla corroe de otro modo que *Facundo* el modelo de viajero inglés que Sarmiento citaba en el epígrafe sobre el gaucho del capítulo 3 (y con atribución errónea en el del capítulo 1): el capitán Francis Bond Head, que abandonó la carrera militar en Europa y llegó al Río de la Plata como supervisor de minas de la *Río Plata Mining Association*, aprovechó su misión en las pampas para cabalgarlas con felicidad.¹⁰ Habiendo hecho

⁹ “[A]sking how literature represents objects [...] tells us something both about literature and about objects, about the way objects and subjects animate one another” (Brown 2003: 16; “preguntar cómo la literatura representa los objetos [...] nos dice algo a la vez sobre la literatura y sobre los objetos, sobre el modo en que objetos y sujetos se animan mutuamente”).

¹⁰ Prolijo en la división liberal entre privado y público, Head publicó dos libros cuando regresó a Inglaterra: *Rough Notes Taken during some Rapid Journeys across the Pampas and among the Andes* en 1826 y, al año siguiente, *Reports Relating to the Failure of the Río Plata Mining Association*. Si este le sirvió para deslindar responsabilidades en el fracaso de la compañía (instancia ocluida por Mansilla), el *travel account* de *Rough Notes* combina la velocidad del desplazamiento con la agilidad

eso a su modo en *Ranqueles*, ignorando el miramiento de Head para dividir la escritura entre privado-público o éxito-fracaso, sin remitir a la autoridad de viajeros del pasado fundacional como Sarmiento en 1845, Mansilla prefiere creerle al aventurero Wisner. Seguirá el rastro de su frase, como veremos, y encontrará la peripecia que el viajero inglés desplazaba al reporte oficial: el atrapante fracaso de hacerse emprendedor minero en un país extranjero donde acaso no haya oro. Aun con sus elementos de referencialidad más o menos documentada, *Minas de Amambay* sería una ficción, si esta designa, como propone Beckman (2013: XI), “la centralidad de la ideología y la imaginación en el gobierno de la vida económica”. El texto apresurado de Mansilla modula el arrebato de las crisis que transformaron el dinero en sitio clave de la producción ficcional, “especialmente por medio de la novela” (XXIII). Veremos cómo la frustración financiera derrocha tipografía, genera un texto oneroso que boceta la novela en la prensa como forma simbólica del deseo en el capitalismo periférico.

La trama alargada

En el desquicio de la modernización liberal, el oro presunto en Paraguay propicia una crónica del militar diputado devenido empresario y corresponsal, artista epistolar que legitima su participación pero evita el balance contable. La peripecia en presente imposta un diario de viaje que contagia a los lectores esa “convicción científica” sin fundamento objetivo, “arraigada” en la intimidad del sujeto que declara “firme y decidida mi resolución de hacer veinte viajes a Maracayú si necesario fuere”: “la riqueza está ahí y alguien la ha de sacar” (Mansilla 2012: 126). La certeza de la primera carta asienta el tono de la serie y dispone el lugar anfibio del yo, contiguo al nosotros expedicionario y al impersonal seudocientífico (para referir operaciones de extracción y testeo), en diálogo público con los interesados —los accionistas, por convenir a cuyos intereses omite nombres de parajes (132)— y los curiosos alentados por la prensa de Asunción y Buenos Aires. “¿O no hay acaso gloria también que conquistar en estas batallas incruentas del trabajo que persigue honradamente la fortuna, luchando cuerpo a cuerpo contra los elementos y la naturaleza?” (126): el borde entre oficio castrense y aventura financiera modula la profecía autorrealizada, con campo lexical bélico, adverbio autodefensivo y tensión sintáctica que encubre la gloria militar postergada desde *Ranqueles*. Mansilla elude binarismos basados en éxito, honradez o discreción; para ganar tiempo frente a accionistas y chismosos, diseña una textualidad dilatoria, tan contundente que roza la incesancia.

El mecanismo de aplazamiento, activado en defensa propia, reditúa como tema de interés la resonancia pública generada por las cartas de *El Nacional*: “Y esta novedad, de que todo el mundo se ocupe de las minas de Amambay y Maracayú —para cuya explotación solo se ha solicitado un capital relativamente pequeño—, ¿de dónde proviene, en qué consiste, entonces?” (2012: 127). La estrategia digresiva atempera la escasez de resultados que propiciaba la burla de cierta prensa. Además de señalar la ventaja que había sacado Mansilla al vender las acciones, *El Libre Pensador* de Buenos Aires desprecia la potencia del desplazamiento para “hacer literatura”:

de la escritura que, en la incorporación gozosa de lo ajeno, acopla eficazmente narración y descripción; Fontana-Roman (7-22) proponen que el humor y la gracia harían a Head precursor de las zonas lúdicas de *Ranqueles*.

Es de averiguar lo que más preocupa al coronel Mansilla, si las minas de Amambay, la gobernación del Chaco o la literatura. Aquella robusta organización se da tiempo para todo, es verdad que no hace nada, porque ni saca oro, ni atiende sus territorios, ni hace literatura; y sin embargo se mueve, pues pasa sus días y aun sus noches atravesando pampas, trepando montañas y penetrando bosques (citado en Popolizio 1985: 200).

Mansilla devuelve redoblada la suspicacia del diarismo: acciona un relato de aventura, cuyo ritmo folletinesco y mezcla genérica ampliaba el campo de la literatura, en conexión con la prensa y el interés económico. Como en la excursión a los indios, viaja, escribe y envía cartas a la prensa con movilidad desmesurada, cuya maestría consiste en *hacerse leer* y cuya mayor eficacia estriba en *hacer creer en su propia creencia* (Contreras 2012: 27, 29).¹¹ La 3ª carta esgrime la buena fe como prueba que elimina “la cuestión *fraude* (llamemos las cosas por su nombre) tan imprudentemente suscitada” (Mansilla 2012: 139). A falta de oro o indios —“No hemos visto ni un indio, pero hemos hallado sus chozas. Nada más miserable” (160)— Amambay ofrece otra aventura para el relato. Aspectos climáticos y burocráticos (abundancia de lluvias y vegetación tropical, escasez de personal) funcionan como engranajes folletinescos, obstáculos en el itinerario de un sujeto que escribe en su nombre lo que ha visto (y sobrescribe el oro que no ha visto). Luego de explicar “en el lenguaje comercial” qué son las piedras que trajo, para no dejar “duda alguna sobre la existencia del metal en dichas arenas”, la última carta planta la promesa en la autoconvicción: “A mi regreso no traeré muestras ya, *sino oro*” (274-5). Bajo modulación supuestamente constatativa de referencias espaciales que obliteran precisiones geográficas, la expedición va asumiendo matiz realizativo, entre apelaciones concluyentes al lector y un convencimiento sin pruebas, con la altanería de haber ganado una apuesta.¹²

La redundante sugestión del yo dilata la trama: “Me alargo”, explica la carta 16ª, “no para probar que hay oro en Amambay y Maracayú, sino para demostrar que, aun admitiendo que no lo haya y que su existencia sea una ilusión, son tales los antecedentes del caso, que no he podido creer sino lo que creo” (199). La creencia como prueba fehaciente es apuntalada con la remisión a sí mismo en tercera persona: “el propósito de Mansilla consiste principalmente en demostrar que no ha podido dejar de creer que allí donde Wisner dijo, *está efectivamente enterrado el perro*” (203). Contra la tiranía de los López —que, como discurre la 20ª carta, propició todo tipo de “aberración humana en materia de *crederas*” (222)— Mansilla acredita a Wisner, “un extranjero en el Paraguay” que “no podía ser creído”: “¡Wisner...!! Cuántos no han dicho, con menosprecio, ¡qué sabe ese gringo!, ¡minas de oro en el Paraguay!, ¡y López no las había de haber explotado!” (215). El gesto de contar *convencido de que cuento la verdad* (como dirá el *causeur*; cf. nota 11) se apoya en la sospechada

¹¹ La pasión performática de Mansilla robustece el gesto de contar con convicción, como pautan varios fragmentos de *causeries*. Al concluir anticipando la prevención de credibilidad (el imaginario interlocutor que diga “¡vaya una invención! ¡Todo eso es pura historia!”) “Mono por liebre” resume la estrategia enunciativa de *creer para hacer creer*: “Es posible, pero yo lo cuento [...] convencido de que cuento la verdad” (Mansilla 1966: 107). Tras discutir consigo mismo sobre la posibilidad de que se diga “que soy un *penny a line*, un plumista de a tanto la línea”, la conclusión de “Namby Pamby” provee un aforismo que desvía a Shakespeare de la ontología dramática hacia la seducción teatral del publicista: “Hacerse leer es toda la cuestión” (Mansilla 1997: 115, 119).

¹² “Emitir una expresión constatativa (es decir, emitirla con una referencia histórica) es hacer enunciado. Emitir una expresión realizativa es, por ejemplo, hacer una apuesta” (Austin 1990: 47). Libre de taxonomías de la futura teoría de los actos de habla, Mansilla reditúa efectos del entrevero de enunciación y acción: “es muy común que la *misma* oración sea empleada en diferentes ocasiones de *ambas* maneras, esto es, de manera realizativa y constatativa” (111).

moral de un emigrado aventurero; la prueba queda emplazada en el perro que reemplaza lo tangible por lo discursivo, con la impostada “convicción sincera que se apoya en la evidencia moral y material” (245, carta 25^a). La ficción se sostiene en este narrador que torna inevitable su presunción y rige la economía con la imaginación y la intrepidez de “pretender ser creído por escrito” (202); semejante fuerza sugestiva genera *crédito* con palabras.¹³

El crédito se desvía de la solvencia financiera hacia la *materia de creederas* y hacia otro aspecto también manipulable por la escritura, el tiempo (igualado al dinero según la fórmula de Benjamin Franklin). Como el coronel de *Ranqueles* o el *causeur* de *Entre-Nos*, el expedicionario del oro es un “eterno zurcidor de digresiones” que cierra la 25^a carta con la asunción del defecto: “cargo pacientemente con las consecuencias de una crítica, justa quizá, por lo mucho que tardé de rodeo en rodeo, en satisfacer la curiosidad del lector” (234, 247). Al cerrar la 3^a carta, Mansilla agradece a Alberú para lamentarse de la estrechez tipográfica: “me ha dicho que puedo disponer de su diario los días que quiera, a condición de no ser muy largo... // Le doy las gracias y termino aquí, pero sintiendo tener que detenerme aún en el punto B” (143). Los puntos suspensivos implican la suspicacia del cronista-accionista, dispuesto a hacer lo contrario de la demanda editorial: alargar el relato. No puede ampliar el espacio impreso pero, dominando la mercadotecnia de la novela-folletín (sin someterse a su paga y sin que el diario provea esa sección), extiende sus cartas por más de treinta días, aleja el sitio donde estaría el oro mientras lo merodea paseando lectores. Sordo a acusaciones financieras o morales, Mansilla enfoca su defensa en las condiciones del medio al que adecúa los procedimientos textuales, bromeando sobre la adaptación narrativa al soporte, como hará en “Namby Pamby” (cf. nota 11), consciente de que el tiempo en la escritura se hace espacio (pago): “Protesto formalmente que no ha habido ni hay intención en el aplazamiento; no soy un *folletinista* de a tanto la línea” (208, carta 17^a). Esta última exculpación es genuina: Mansilla no cobra por línea, al contrario, derrocha capital letrado, sigue escribiendo aunque no haya oro (o porque no hay).

La 4^a entrega efectúa la detención aunque prometa lo contrario, como enganche con el capítulo previo: “Unas cuantas páginas más para salir hoy mismo del punto B, donde tanto me he demorado a pesar mío” (144). Ensanchando la expedición con datos y cálculos sobre métodos de lavar oro y retraso en la industria y legislación minera, la escritura fuerza el espacio fijado e inserta el apoyo prestigioso (y nominalmente adecuado) de Domingo de Oro, cuya carta (“contestación al coloquio que tuvimos por telégrafo”) transcribe hasta el espaldarazo —“Razón tiene Ud. para estar satisfecho de su expedición”— que retumba en el final folletinesco, incrustando la metáfora cuantitativa en el discurso: “Continuará mañana, hoy día está colmada ya la medida” (147, 151). La 5^a carta abre re-citando la razón concedida por Oro, y queda casi totalmente ocupada por la transcripción de su carta, que incluye el certero retruécano: “Explote lo que se ve, y explore lo que no se ve” (150; cf. nota 8).¹⁴ La postergación no depende solo del clima, el chucho o las

¹³ El acto de habla que *acredita* a Wisner ampara su garantía en el ámbito moral (o la intuición subjetiva) como deslizamiento del espesor crasamente económico, que será indisimulable una década después. En plena crisis del 90, desde las páginas del diario juarista, el *crédito* es un virus universal, cuando bromea con la “Cara larga” publicada en *Sud-América* a fines de marzo de 1890 (cuatro meses antes de la Revolución del Parque y la renuncia de Juárez Celman): “la cara con que uno debe salir a la calle” difiere de la cara con que se acuesta y se levanta “si tiene deudas y acreedores — necesidad desde luego de hacer uso del crédito que, a mi juicio, es la ‘influenza’ más universalmente esparcida” (Mansilla 1997: 60). El capitalismo como pandemia en 1890.

¹⁴ En el intercambio epistolar con Oro inserto en *Amambay*, Borgatello (2015) detecta un incremento de la perspectiva especulativa en detrimento de la pretensión de “materializar lo invisible a través de cálculos y estadísticas”: “ahora

deficiencias de equipamiento; el desenlace es pospuesto por el montaje rizomático de fragmentos heterogéneos, la dilapidación del relato que goza de la tautología y el desvío. Incorporado en el espacio recorrido, el oro atraviesa el cuerpo textual. La expedición avanza alejando su objetivo, o desplazándolo por otro menos aparente: una grafía novelesca, experimentada durante treinta números en la primera plana de un diario decano.

El dominio de la letra impresa reditúa flaquezas subjetivas y profesionales: “Estas cartas no son un informe técnico. Son una debilidad de mi carácter comunicativo. Yo no puedo moverme en silencio” (248). El lugar enunciativo se asume en la variación de las formas de escritura, como finaliza la penúltima carta: “No soy erudito en minas. // Soy apenas un artista en cartas”, que considera que el gusto debe modificar las reglas del arte epistolar como de la pintura o la estatuaria, donde “a cada momento vemos violadas las proporciones”. La declaración estética conecta con la promesa diferida: “Y esto quiere decir que aquí se detiene el autor. // ¿Definitivamente? // ¡Oh! ¡No! // Tenemos aún que conversar sobre el terreno mismo *donde está enterrado el perro*” (265). Pero ya en la tercera carta el coronel declaraba “resuelto en mi conciencia el problema de si había o no oro” (139). No se trata de responder por sí o por no, sino de mantener activa la pregunta, en fuga hacia la fórmula que eufemiza el objeto deseado, desde que la octava carta atribuye al científico la expresión del mecanismo dilatorio: a la pregunta de Mansilla sobre la posible vacilación de Wisner, Mayer asegura que “en cuanto caímos al arroyo me dijo en alemán: *aquí está enterrado el perro*”. Inmediatamente la frase activa el brillo dorado ante el narrador creyente: “Pues ahí lavé yo un plato de tierra y hallé tres chispas de oro” (161). En la entrega siguiente Mansilla usa la cita como desplazamiento toponímico: “Cruzamos el arroyo, por el punto mismo donde según la expresión del coronel Wisner *estaba enterrado el perro*” (166). La carta 22ª cita erróneamente el dicho alemán: “Efectivamente, allí donde el coronel Wisner dijo al llegar: *aquí está enterrado el perro —Hier liegt der Hund begraben* (proverbio alemán —, allí estaba...” (230; sintagma alemán corregido por editora). Con su doble sentido referido a un lugar aburrido donde nunca pasa nada y a la causa principal de un problema, el proverbio favorece la ambigüedad que dilata la escritura. El innombrado arroyo reúne los extremos: alberga el quid y la falta. En esa incertidumbre la exploración despilfarra posibilidades de hacer oro con palabras.

Desde la tipografía abigarrada del periódico comercial, Mansilla usa las palabras para hacer más cosas que informar sobre las minas, narrar un viaje o resolver una búsqueda. Diseminada en un relato que oscila entre la descripción no pintoresca del espacio natural y la narración de una aventura comercialmente incierta, *perro* sería de esas “palabras especialmente desconcertantes, incluidas en enunciados que parecen ser descriptivos” pero avanzan sobre las condiciones de enunciación: “no sirven para indicar alguna característica adicional, particularmente curiosa o extraña, de la realidad” (aunque en Mansilla también hacen eso) “sino para indicar [...] las circunstancias en que se formula el enunciado o las restricciones a que está sometido, o la manera en que debe ser tomado” (Austin 1990: 43). Ese perro entrevera dos tipos de actos de habla: ilocucionario, “que posee una cierta *fuerza* al decir algo”, y perlocucionario, “que consiste en *lograr* ciertos *efectos* por (el hecho de) decir algo” (166; itálicas en original). El corresponsal expande

trabajará con esa invisibilidad para explotarla como sustrato narrativo a través de la promesa de su visibilidad”. Del cruce de dos intereses antes separados, económico y literario, surgiría esa “nueva forma de escritura”, que desplaza el relato de viaje por el de la experiencia de escritura. Compartiendo estos focos, mi propuesta indaga el sustrato narrativo en otro tipo de visibilidad (la cultura impresa articulada en el soporte periódico), para enfatizar la temporalidad diseñada por Mansilla en la contigüidad entre demandas de prensa, forma discursiva y riqueza ficticia.

espacio y tiempo para sostener el crédito; indaga aspectos curiosos de la realidad, mientras ejerce lúdicamente un poder sobre las restricciones tipográficas y la manera en que debe ser tomado el relato. La veracidad puramente discursiva confiere al perro el protagonismo vacante del oro, probando la potencia literaria en conexión con la citación, el diarismo, la economía, la geografía. Cuando la entrega 14^a nos reubica en el sitio anhelado (“Hemos llegado precisamente al punto *donde está enterrado el perro*”) es para reconfirmar la propia creencia, ahora convocando a Ludovico Ariosto: “Io credea e credo, e creder credo il vero” (188-9).

La carta 26^a encara un desenlace que sabe y disimula imposible. Tras explicar otra vez que “[e]l arte consiste en sostener el interés hasta que llegue el momento oportuno de hacer la síntesis o resumen”, atrae al lector para demorarlo un poco más:

El lector se viene preguntando todos los días, desde que se habló del sitio *donde está enterrado el perro*. ¿Y cuándo sucede eso? Es decir, ¿y cuándo se prueba que el coronel Wisner tuvo razón? Ahora mismo podría probarlo. Interesado estoy en ello como nadie. Pero qué sacaríamos con anticipar la prueba, teniendo como tengo, tanto, tanto que decir sobre el particular (249).

La intriga se intensifica en la entrega siguiente con la colaboración del diario, que anuncia la partida de Mansilla en su segunda expedición y le cede la pregunta que el corresponsal agrega al dispendio textual: “Antes de que se vaya, ¿se podrá saber *dónde está el perro?*” (253). El perro en la prensa ha cobrado la fuerza ilocucionaria y perlocucionaria de un guiño entendido por el público. Previa parrafada sobre análisis mineralógicos de “la colección de piedras que traje”, con detallada enumeración —calcedonia, sardónica, cornalina, cristal de roca, cuarzo, topacio (274-5)—, la última entrega resuelve la cuestión canina con un deslizamiento que abarca hacia atrás la serie: elude la expectativa con la liquidación de la figura retórica, el dicho alemán distorsionado que sostuvo la *suspensión de incredulidad* necesaria a la fe poética (como Borges citará de Coleridge):

Quería decir que hay muchas gentes empeñadas o esperanzadas en que se *desentierre un perro*. ¿Qué perro? Yo no conozco más que el del proverbio alemán que el coronel Wisner empleó el día 20 de marzo de 1877 (véase la carta número 8) cuando llegaron con Mayer al arroyo. Y, como no tengo el poder sobrenatural de hacer que una figura de retórica se convierta en una entidad visible y tangible, dejo a todos los perros muertos enterrados y por enterrar tranquilos en sus fosas (268).

La incertidumbre final abriría otro matiz de la máxima expresada ante las ceremonias oratorias de los ranques —“La civilización y la barbarie se dan la mano; la humanidad se salvará porque los extremos se tocan” (Mansilla 1947: 115)—: al negarlo, Mansilla afirma el poder performativo, salva su honor reuniendo los extremos de palabras y cosas, realiza la fantasía de estar encontrando oro durante treinta entregas periódicas sin haberlo encontrado en la expedición. La chacota a los lectores exhibe el poder del artista epistolar, que ha conseguido crédito y creencia dando vida a las palabras. La periodicidad suspensiva del diario acompasó su apuesta delirante: convertir una convicción infundada en la realización de una aventura capitalista.

La apuesta ganada

La falta de oro reditúa a favor del texto la confusión entre sustancia y signo, esa tergiversación común al sistema monetario y lingüístico que Shell analiza en Poe. La participación de la forma económica en el discurso letrado ya tiene una tradición compleja en Hispanoamérica cuando Mansilla evade la constatación bajo el relato cautivador de su andanza. La incertidumbre política en las repúblicas hispanoamericanas tuvo su peso económico desde las Independencias; en la puja por el valor de los bonos americanos en Inglaterra (cuyo interés en la minería había convertido la “riqueza ficticia” en un hecho asimilado) fue inevitable que el “entusiasmo heroico y desinteresado se alternara con momentos de pánico y denuncias de corrupción”, lo que “desplegó una guerra de propaganda sin precedentes en periódicos y revistas” (Rosa 2006: 135). La “Alocución a la poesía” (1823) de Andrés Bello funciona para Rosa de modo similar a los bonos que el venezolano negociaba como diplomático, en tanto “acto de habla [promesa] que pone de relieve el carácter ficticio de una riqueza que se supone se multiplique con el tiempo: dentro de esa promesa se insertan las nuevas naciones, obligando a existir aquello que está en el deseo de los participantes inversionistas”. El lenguaje sublimado de Bello, que acomoda objetos americanos a las fantasías del capitalismo europeo, “apunta hacia un valor diferido”: como el bono, es una promesa de pago (Rosa 2006: 137). Para 1878 la riqueza ficticia parece asimilada en la cultura argentina, y el entusiasmo heroico de Mansilla cobra fuerza discursiva contra atisbos de pánico y sospechas de corrupción. Dilapidador tipográfico, el corresponsal recalca la profecía y diluye el compromiso: mantiene el valor aunque sea diferido (o porque lo es). Con vena poética distante de Bello, sincronizada con la prensa materialista del 80, el relato de Mansilla encarna una “riqueza que sólo existe en el deseo” (Rosa 2006: 137), y sus estrategias de representación dinamizan la industria de la publicidad, no con la riqueza retórica de Bello sino con el dispendio folletinesco de promesa, repetición, postergación.

Como inicia la carta 26^a (y como iniciaba la 1^a) la autoconfianza de Mansilla se basa en el dominio discursivo sobre los deseos provocados en el lector y las condiciones que definen lo existente: “De dos cosas estoy seguro: // 1° De que el lector quiere ver *desenterrado el perro* cuanto antes. // 2° De que hay quien se imagina que todo mi afán consiste en probar lo que no existe” (Mansilla 2012: 247). Dejando al perro en su fosa, la pesquisa termina sin respuesta, pero habiendo dado vida a lo que *todavía* no existe. La narración diseña un significante cuyo referente huye hacia adelante, de la manera en que Smith, al analizar la discursividad triunfalista de la mundialización mercantil en la década de 1990, advierte en el uso de *globalización* como nombre de un proceso aún no materializado: “a signifier that has yet to quite realize its own referent” (Smith 1997: 49; “un significante que todavía tiene que dar cuenta de su propio referente”). Una constatación que pugna por realizarse: un oro imaginario encontrado en *El Nacional*.

El leitmotiv canino prueba su eficacia en la prensa con la caricatura que *El Mosquito* le dedica el 12 de mayo de 1878, un día antes de la última entrega desdoblada entre el 13 y 14. La ilustración aprovecha la corrosión satírica que el artista en cartas ha propiciado. Bajo la sorpresa festiva de dos colaboradores, Mansilla saca del pozo un perro en un carrito, juguetera fantasía que alude al chasco sufrido por los inversores, a quienes el epígrafe burla en complicidad con la expedición ambigua entre realidad y creencia: “NOTICIAS DEL PARAGUAY. ¡Al fin se encontró al perro enterrado...! Felicitaciones a los accionistas”.



El Mosquito, 12 de mayo de 1878¹⁵

Mansilla ostenta haber superado el desafío abierto en la primera entrega con la cita en francés de Wisner: ríe último, consciente de que “[l]a fortuna de un hombre depende de su carácter” (carta 27^a, 252). El final resignifica el objeto deseado (la fortuna) como lo ya poseído por el artista explorador. El oro es lo que habló en el discurso y por medio de él —como el dinero que Shell (1985: 165) encuentra expresado en el idioma—. Como el escarabajo dibujado en el cuento de Poe, el papel de la primera página de *El Nacional* ocupado por Mansilla funciona como causa necesaria no de la existencia del oro sino del efecto buscado: la promesa de descubrimiento. En términos de contrato folletinesco, Mansilla gana la apuesta que pautó la aventura persuasiva; su empuje realizativo ha sobrepasado la constatación.

No hay síntesis para este conglomerado impreso que diseñó la búsqueda de una figura retórica cuyo referente nunca existió fuera del discurso, ese perro importado de un proverbio bávaro que permitió al autor generar interés en la opinión pública, maleable por la vorágine impresa. Es coherente que no tenga fin la novela del aplazamiento de los fines, y que solo quede la posibilidad de cambiar otra vez de tema, luego de confirmar el ímpetu performativo de una creencia personal contagiada a muchos. Esa eficacia aplicada a cuestiones de crédito es una marca discursiva del futuro próximo: una sociedad cuyas pasiones dominantes dependen del dinero,

¹⁵ Imagen fotografiada de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Argentina.

como se vuelve evidente hacia 1890 cuando Mansilla rememora su aventura de Amambay en dos líneas de la *causerie* “Un sabio”:

Buscaba yo en el Paraguay una cosa que todos ustedes buscan, han buscado o buscarán: *el vellocino de oro*, y no porque el vil metal sea mi pasión dominante —es otra— sino por lo que he dicho en una de mis máximas: dinero no es felicidad, pero es un medio de entrar en la senda de lo apetecido (1966: 54).

El narrador del oro postergado persiste en su afán de creer y hacer creer en la creencia propia, que deviene compartida e incluso necesaria al sistema de intercambio y circulación de capital. El criterio enunciativo gozoso frente a los sarcasmos de la suerte (y las regulaciones de la ley) evade el esquema verdad/mentira para explorar lo real con la fuerza de lo imaginario, inmune a presiones estéticas, políticas, económicas.

La novela desplazada de Mansilla no refleja lo real sino la disputa de valor en sus modos de representación y circulación, probando —como la teoría crítica que buscará la autoconciencia de la narrativa regional— que “en América Latina, en todos los ámbitos, del económico al intelectual, lo externo está siempre dentro”, en “una lucha dialéctica sin vencedor ni síntesis satisfactoria, salvo a través de la ficción” (González Echevarría 2017: 84). Que la última carta siga bromeando con el perro evidencia la fuerza de la serie para entrelazar acto y discurso, tergiversar signo y sustancia, dar forma simbólica y material a la modernización aventurera. Lo externo (el territorio, la selva, el oro) queda constatado en la interioridad del escritor, en su manejo discursivo de abstracciones económicas y su humorismo para seguir desenterrando un oro que es perro. Performance narrativa perdida en la prensa de 1878 y actualizada editorialmente en 2012, “Minas de Amambay y Maracayú” exhibe la singularidad del autor que juntó los extremos y trazó posibilidades literarias con las tensiones políticas de una época ansiosa de libertad comercial, que generó fantasías de riqueza en las repúblicas sudamericanas.

JUAN PABLO LUPPI es Doctor de la Universidad de Buenos Aires en el área Literatura e investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Desde 2008 participa en equipos de investigación en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y es docente de Literatura Argentina en dicha Facultad. Es autor de *Una novela invisible. La poética política de Rodolfo Walsh* (Eduvim, 2016).

Bibliografía

- AIRA, César. 2001. *Diccionario de autores latinoamericanos*. Buenos Aires: Emecé.
- ALONSO, Paula. 2003. “La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la ‘Argentina moderna’ en la década de 1880”. En Alonso, Paula (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 203-41.
- AUSTIN, John Langshaw. 1990. *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Barcelona: Paidós.
- BECKMAN, Ericka. 2013. *Capital Fictions. The Literature of Latin America’s Export Age*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BORGATELLO, Montserrat. 2015. “Crear o reventar: Cartas del Coronel Mansilla. Minas de Amambay y Maracayú”. IX Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, 3 al 5 de junio, Ensenada, Argentina. *Lectores y lectura. Homenaje a Susana Zanetti. Memoria Académica*. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8621/ev.8621.pdf> [Consulta: 30 de septiembre de 2019].
- BROWN, Bill. 2003. *A sense of things. The Object Matter of American Literature*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- CONTRERAS, Sandra. 2010. “Lucio V. Mansilla, cuestiones de método”. En Laera, Alejandra (dir.), *El brote de los géneros. Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé, pp. 199-232.
- _____. 2012. “El genio de los buenos viajes”. En Mansilla, Lucio V., *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 9-50.
- EL MOSQUITO. 12 de mayo de 1878 (microfilmado). Hemeroteca, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Argentina.
- FONTANA, Patricio y Claudia ROMAN. 2007. “La leyenda de la cabeza galopante. Correrías sudamericanas del capitán Francis Bond Head (1825-1826)”. En Bond Head, F., *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*. Buenos Aires: Santiago Arcos, pp. 5-31.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. 2017. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. Santa Clara: Capiro.
- MANSILLA, Lucio Victorio. 2012b. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*. Seleccionado y prologado por Sandra Contreras. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 2012a. *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*. Edición, introducción y notas por María Rosa Lojo y equipo. Buenos Aires: Corregidor.
- _____. 1997. *Mosaico. Charlas inéditas*. Editado y prologado por el equipo de la cátedra de Literatura Argentina I y del Instituto de Literatura Hispanoamericana, FFyL, UBA. Buenos Aires: Biblos.
- _____. 1966. *Charlas inéditas*. Selección, presentación, notas y cronología por Raúl A. Kruchowski. Buenos Aires: Eudeba.
- _____. 1947. *Una excursión a los indios ranqueles*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1878. *Cartas del Coronel Mansilla. Minas de Amambay y Maracayú*. *El Nacional*, del 26 de marzo al 14 de mayo (microfilmado). Hemeroteca, Biblioteca del Congreso de la Nación, Argentina.
- NACACH, Gabriela y Pedro NAVARRO FLORIA. 2004. “El recinto vedado. La frontera pampeana en 1870 según Lucio V. Mansilla”. *Fronteras de la Historia*. N° 9, pp. 233-57.
- POPOLIZIO, Enrique. 1985. *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Pomaire.

- ROSA, Richard. 2006. “A seis grados de Andrés Bello. Literatura y finanzas en los 1820”. En Pacheco, Carlos, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (coords.), *Nación y literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Fundación Bigott, pp. 133-52.
- SHELL, Marc. 1985. *Dinero, lenguaje y pensamiento. La economía literaria y la filosófica, desde la Edad Media hasta la época moderna*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- SMITH, Paul. 1997. *Millennial Dreams: Contemporary Culture and Capital in the North*. Londres: Verso.
- VILCHES, Elvira. 2010. *New World Gold: Cultural Anxiety and Monetary Disorder in Early Modern Spain*. Chicago: University of Chicago Press.